

Para una pedagogía eficaz: los coloquios de crecimiento vocacional¹

Roberto Roveran²

Los así llamados «Coloquios de Crecimiento Vocacional» (CCV) se colocan entre la psicoterapia y la dirección espiritual pero no se identifican ni con una ni con otra. Son una modalidad pedagógica para ayudar a la persona en su maduración humana y cristiana. Trataremos aquí qué son y cómo se diferencian de las formas más tradicionales de ayuda y de educación personal para el crecimiento en la fe.

Una nueva pedagogía

Los CCV, ofrecidos por el Centro de Consulta de la Gregoriana³ y por los estudiantes egresados del Instituto de Psicología de dicha universidad, son una ayuda para todos aquellos que quieren madurar contemporáneamente en el conocimiento de sí y en el camino de adhesión al Señor y a su proyecto para ellos. Dado que su objetivo es integrar las dos dimensiones - humana y cristiana - de crecimiento, la nueva metodología aprovecha el valioso aporte de la psicología. Esta disciplina compromete a toda la persona a ir más en profundidad y a reconocer todos los elementos con los que está formada, sean energías positivas como aquellos aspectos menos agradables. Por lo tanto, los coloquios son la expresión de una renovada mentalidad pedagógica que se enriquece de la psicología para un servicio más eficaz y completo a las personas. No le quita nada a la dirección espiritual sino que presta atención a cómo y en qué medida el inconsciente actúa en la persona, llegando incluso a condicionar las elecciones.

Esta nueva pedagogía pretende llevar a la integración. Por una parte, llevar a la persona a reconocer todos sus dinamismos interiores, incluidos aquellos menos atractivos y más sufridos. Por otra, hacerla capaz de caminar por sí misma dentro del

1 ROVERAN, Roberto, "Per un'efficace pedagogia: i colloqui di crescita vocazionale" en *Tredimensioni* 1(2004) 2, 172-181. Traducción: Fátima Godiño para el curso *Entrevista Pastoral y Acompañamiento Espiritual*. Facultad de Teología Mariano Soler, Montevideo, Uruguay (2012).

2 Psicólogo y Formador en el Juniorado de los Paulinos (Roma).

3 NdT. *Centro di Consultazione*. Instituto de Psicología. Pontificia Universidad Gregoriana. Piazza della Pilotta, 3. Roma 00187. Italia.

proyecto de Dios, poniendo a disposición todas sus energías. La santidad debe ser buscada por medio de la unificación de toda la personalidad. Por ende, los coloquios pretenden favorecer no solamente la adquisición de claros valores sino verificar cuánto realmente la persona logra «internalizar», es decir, llevar los valores a la vida cotidiana concreta.

Diferencias entre relaciones interpersonales de ayuda

Preferimos llamar «acompañamiento» a este nuevo tipo de acercamiento a las personas que estamos aquí describiendo, para diferenciarlo de otros y para subrayar las principales características.

Los coloquios de crecimiento vocacional son:

- «*coloquios*», es decir una modalidad de acompañamiento centrado en el diálogo interpersonal;
- «*de crecimiento*» en el sentido que procura conducir a la persona a una maduración integral, es decir humana y cristiana a la vez;
- el adjetivo «*vocacional*» evidencia el aspecto subjetivo del camino, abierto a la santidad en un proyecto de vida específico y personal.

Partamos de la confrontación entre algunas experiencias de relación con el fin de evidenciar las diferencias.

A) El acompañamiento no es una *relación entre dos amigos*.

De hecho, la relación entre amigos se caracteriza sobre todo por la espontaneidad y la absoluta libertad: los dos no se buscan ni han hecho milagros para ser amigos. Su relación ha surgido improvisamente y casi por acaso, y se centra en algún interés común y en una fuerte carga de simpatía que uno ejercita en el otro. La aceptación y la escucha facilitan el desarrollo de un clima de auténtica confianza mutua que consiente la apertura de la propia intimidad sobre temas y situaciones, a veces profundos, de distinto tipo y naturaleza. La relación no progresa en base a una regularidad de encuentros sino que pueden ser cercanos o distanciados en el tiempo, de larga o breve duración, programados sólo en ocasiones, pero sin un orden y una ritmo de marcha. Los amigos no se ponen objetivos hacia los cuales tender ya que la amistad evoluciona por sí sola y se preocupa solamente de sí misma, es decir no tiene ningún otro fin. Es un tipo de relación que no exige un lugar específico en el cual se lleve a cabo el encuentro en cuanto puede superar cualquier tipo de barrera espacio-temporal por medio de cartas, llamadas telefónicas, etc. La relación entre dos amigos puede también disolverse o transformarse con la misma espontaneidad y libertad con la que surgió.

B) El acompañamiento no es la *relación entre un superior y un hermano*.

Este tipo de relación no nace espontáneamente sino que se instaura a razón de una elección de vida que la comprende. En ella sucede que dos hermanos de la misma comunidad se encuentran en distintos roles por un período determinado: uno

tiene la responsabilidad de la comunidad, de la parroquia, de un ente determinado o misión, y el otro es un colaborador. Mientras los dos amigos están en un plano de absoluta paridad, el superior se relaciona con el hermano esperando respeto y obediencia sobre eventuales decisiones que pueden también ser no totalmente compartidas. Se está a la misma altura en el plano de la dignidad y fraternidad pero existe distinción de roles. Esto implica que nuestros encuentros no ocurren espontáneamente, sino que tiene una base de reglas y necesidades requeridas por la responsabilidad, o por la misión que se está llevando adelante. Por ejemplo: mi superior me puede llamar cuando así lo crea conveniente para confiarme, por el voto de obediencia, encargos o compromisos concretos. Se trata por lo tanto, de una relación en vistas a la misión, que no entra – salvo raras ocasiones – en aspectos personales e interiores de ambas partes. La relación se centra más en el hacer que en el ser, por lo que generalmente el superior ordena, da indicaciones y el hermano las cumple. Una relación así establecida, termina cuando culmina el servicio del superior.

C) El acompañamiento no es la *relación entre un médico y un paciente*.

En esta relación existe una persona que tiene necesidad de exámenes o curas médicas, y que espera una ayuda eficaz por parte del especialista. La relación se origina a partir de una necesidad concreta que toca la esfera física o psicológica, y por ende no es espontánea y no implica a toda la persona. El encuentro está centrado en el síntoma, enfermedad o malestar, y no en la forma de vida de la persona. Ésta se confía al médico, creyendo en los resultados del diagnóstico y está abierta a seguir las indicaciones que le serán impartidas. Este tipo de relación no implica a las dos personas en el plano de sus valores o convicciones: lo que importa es obtener, lo más rápidamente posible, la salud. También aquí no existe igualdad ya que el paciente busca a una persona competente y preparada para que le resuelva su situación de malestar. Los encuentros pueden ser largos o breves, repetidos con cierta frecuencia o espaciados según el problema en cuestión. Lo que está en el centro es el problema; una vez que éste se supera, generalmente no se tiene más necesidad del médico. Puede existir confianza entre los dos, pero raramente se alcanza una profundidad notable en el diálogo.

Lo que aquí se ha dicho vale también para la relación entre psicoterapeuta y cliente/paciente: en el centro está el malestar de la persona, malestar que se intenta resolver con el aporte de ambos pero sobre todo con la competencia del terapeuta. Por ende, es una ayuda vinculada a la necesidad imperiosa de estar mejor. También en este caso, los encuentros son regulados por un método preciso que la persona acepta hacer suyo poniendo confianza en las competencias del experto. Mientras se puede prescindir de la relación entre amigos, si la persona desea curarse, no puede evitar aquella con el médico o el psico-terapeuta.

D) El acompañamiento no es la *relación entre un profesor y un estudiante*.

Entramos así en forma más directa en el plano educativo. Esta relación no nace espontáneamente pero se instaura con el objetivo de favorecer que el joven consiga ciertos resultados. Esta relación se coloca en un contexto específico: el de un centro

educativo, allí donde el enseñante procura conducir al estudiante a aprender en vistas de una madurez en el plano cultural y a que ello tenga repercusiones en toda la existencia del individuo que está creciendo. Lo que interesa en esta relación es que el estudiante aprenda y alcance un horizonte que, año a año, lo llevará a una elección de vida y de profesión. Los encuentros son los típicos y cotidianos de la escuela/liceo/facultad, con toda la clase; y sólo raramente se encuentran profesores que se preocupan por sus alumnos fuera del ámbito educativo. No puede haber una relación de igualdad dada la inevitable diferencia de edad y el enfoque didáctico.

E) El acompañamiento no es la *relación entre un confesor y un penitente*.

En este caso el penitente se siente culpable y va al confesor para reconciliarse con Dios. Ve en el sacerdote al intermediario de Dios que confiere el perdón en nombre de Él. La relación se coloca en un plano exclusivamente espiritual, de fe, sin la cual no subsiste el sacramento. Siendo Dios el verdadero protagonista en cuando es Él quien concede el perdón, el sacerdote simplemente debería acoger el reconocimiento de los pecados y absolver. En algunos casos puede facilitar dicho reconocimiento y aconsejar. El objetivo de la relación es restaurar la gracia en la persona. El sacramento es vivido en el marco de un encuentro y en un lugar adecuado, por pedido del penitente y sin fechas preestablecidas.

Qué es el acompañamiento

El término parecer derivar del latín medieval que en la palabra *cum-panio* reconocía a «aquel que comparte el pan». Acompañar quiere esencialmente decir compartir algo vital como «el pan del camino», o la propia fe, la memoria de Dios, la experiencia de la lucha, de la búsqueda, del amor de Él...⁴

P Amedeo Cencini propone una definición: «El acompañamiento personal (vocacional y formativo) es una ayuda temporal e instrumental que un hermano mayor en la

fe y en el discipulado presta a un hermano menor, compartiendo con él un tramo de camino, para que pueda discernir la acción de Dios en él, tomar decisiones y responder a la misma con libertad y responsabilidad»⁵.

Esta definición subraya algunas reglas bien precisa de la relación pedagógica como la temporalidad del camino (su duración tiene un final y la guía se debe separar), se tratan temas de la vida vivida para poder captar todas los matices de la conducta y el elemento de la libertad y responsabilidad de aquel que es ayudado. En concreto, la novedad consiste en el método, es decir en las atenciones y en el itinerario que la persona que guía propone para ayudar a que el acompañado sea responsable.

De la definición surgen las dos finalidades más importantes y comunes en el acompañamiento:

4 Cfr. CENCINI, A., *I sentimenti del Figlio. Il cammino formativo nella vita consacrata*, EDB, Bologna 1998, pp. 48-50.

5 CENCINI, A., *Vida consagrada. Itinerario Formativo*, San Pablo, Madrid 1994, p. 59.

- guiar a la persona en el descubrimiento de la acción de Dios en la propia vida y
- ayudarla a dar una respuesta concreta, coherente, libre y responsable.

Guiar a la persona en el descubrimiento de la acción de Dios en la propia vida

El cristiano, para alcanzar la meta de su vocación que es la santidad, tiene que aprender a descubrir la presencia y la acción de Dios en la propia vida, es decir, aprender a reconocer las indicaciones y las orientaciones que Dios ofrece por medio de las múltiples – y la mayoría de las veces - inesperadas situaciones de la vida cotidiana.

«El consejero pastoral (como todo psicólogo, como todo ser humano) es capaz de aceptar en forma incondicional las disposiciones psicológicas o las necesidades afectivas de la persona. Sin embargo, al mismo tiempo en el que va escuchando y comprendiendo su perspectiva religiosa, percibe la distancia entre estos deseos y los que el Espíritu del Señor le permite reconocer al leer el Evangelio: la ley no salva; siempre se ofrece el perdón; la cizaña queda mezclada con el buen trigo por mucho tiempo; no la paz sino la espada de la lucha por los derechos de los pobres; ¿quiénes es mi padre, mi madre o mis hermanos sino aquellos que construyen el Reino de la nueva alianza?. La brecha percibida entre ciertos deseos - aún si son religiosos – y otros deseos o prácticas evangélicas genera un espacio cristiano para el asesoramiento pastoral: una invitación a analizar el pedido, a profundizar el deseo y a confrontarlos con el Espíritu»⁶.

El acompañamiento facilita la adquisición de un método que habilite al cristiano a mirar su realidad con ojos de fe. Se le pide que reconozca la bondad de Dios dentro de la trama de su historia y por ende, que descubra que la fe o es concreta o no es una fe auténtica. La fe debe permear toda las situaciones de la propia vida o de lo contrario se trata de una super-estructura. El hermano que se coloca al lado acompañando, obra como mediador para que no haya una esquizofrenia entre la fe y la vida.

La obra de mediación no se inspira en los gustos personales del acompañante sino en la mentalidad propuesta por la Palabra de Dios. Comparándose con ella es que se construye la propia y auténtica identidad, y se descubre el proyecto de Dios para la propia existencia. El acompañante, al favorecer que surja el hilo conductor que une hechos y circunstancias (aún si son banales en sí mismos y aparentemente superpuestos), lleva a reconocer la verdad de sí mismo. Una vez que tiene el hilo, procura armonizarlo con la Palabra. El joven demuestra que ha madurado cuando no

6 GODIN, A., "Ascolto e consiglio", en AA.VV. *Iniziazione alla pratica della teologia* (organizado por LAURET, B. e REFOULÉ, J.), Vol. V: Pratica, Queriniana, Brescia 1986, p. 66.

deposita todo en la casualidad sino que capta las conexiones (y divergencias) entre el propio estilo de vida y la acción de Dios que obra en ella. Con esta condición, él está bien encaminado por la vía del discernimiento.

Sabemos que el crecimiento humano consiste en colocar en el centro de la vida el valor «Jesucristo» y esto quiere decir que este valor es auto-definitorio: mi relación con Dios define mi identidad. Las cualidades físicas no son las que me dan identidad sino mi ser creado a imagen de Dios. Es por eso que el verdadero problema de muchos cristianos y jóvenes es la centralidad de la fe, es decir qué tanto ésta es parte de la definición de sí mismo en la respuesta a «quién soy». Por lo tanto, el acompañamiento se vuelve para los jóvenes el espacio de la construcción de la propia identidad según el dato revelado. El auténtico crecimiento cristiano se mide en la capacidad de asimilar el dato revelado y de usarlo como clave de lectura, como modo de interpretar la vida de todos los días.

Ayudar a la persona a dar una respuesta concreta, libre y responsable

No sería suficiente que el hermano mayor ayude a reconocer la acción y las llamadas de Dios en la vida si la persona acompañada no es ayudada a responderle a Dios... El acompañamiento auténtico verifica que la persona no solamente descubra determinados valores como bellos, atractivos y los considere fundamentales para la propia existencia, sino que se disponga a «internalizarlos», es decir a apropiarse de ellos viviéndolos, poniéndolos en práctica.

Como educadores, no podemos formar a los jóvenes limitándonos a ofrecerles, en varias ocasiones y contextos de grupos, valores vocacionales (como la comunión con Dios y la imitación de Cristo) por muy apetecibles y estimulantes que sean, sino que tenemos además que preocupar que dichos valores se encarnen realmente en su vida, es decir se vuelvan una convicción, hasta el punto de transformar lentamente su existencia. Los valores deben tocar y mover todos los dinamismos de la personalidad hacia la unificación interior que es la meta de todo camino de conversión y de santidad. Así como es verdad que todos tenemos que tender hacia la santidad, también es verdad que cada uno lo hace según su propia disposición y modalidad, por lo que el acompañante debe procurar que el camino de acompañamiento sea personalizado.

Y no sólo eso. La respuesta, además de concreta y real, debe ser libre y responsable, no forzada o impuesta. La persona que guía no se debe dejar tentar por el *todo y ya*. No debe ofrecer soluciones pre-fabricadas e inmediatas, sino dejar que sea la persona que construya por sí misma, con toda su libertad. Por lo tanto, el intento del acompañante será de educar a «cómo configurar» la vida: «cómo» hacer antes de «qué» hacer. Así, el contexto para un acompañamiento oportuno será un contexto de libertad en el cual es el acompañado quien toma las decisiones en fidelidad y armonía con los valores de su proyecto de vida. El esfuerzo del acompañante será el de estimular a confrontar continuamente los valores y lo que se vive, los valores y las necesidades, los valores proclamados y las tendencias (a veces inconscientes, que llevan a la persona a confundir el bien real con el bien aparente). Por ejemplo, la disponibilidad para ayudar a los otros es un importante valor, pero ¿cómo puede ser vivido? Puede servir concretamente para que una persona que tiene poca estima de

sí se sienta importante, o para obtener consenso y aprobación... Lo que se proclama como un valor cumple una función defensiva en la psicodinámica de la persona. En este caso la disponibilidad hacia los otros es solamente un bien aparente y no un bien real que lleva a la persona más allá de sí misma hacia la auto-trascendencia teocéntrica.

Competencia, metodología y antropología subyacente

Para alcanzar los objetivos que el diálogo pedagógico se propone dentro de un acompañamiento es necesario que la persona que guía adquiera competencia específica y se mueva dentro de una determinada antropología o visión del ser humano.

La competencia está dada sobre todo por la preparación personal del acompañante como capacidad de manejarse a sí mismo en el ámbito de los sentimientos y de las inevitables inconsistencias de la naturaleza humana.

En segundo lugar, la competencia llevará a la valorización de un particular modelo operativo: el de la identificación proyectiva, no tanto como mecanismo defensivo o estilo comunicativo sino sobre todo como medio de cambio. La identificación proyectiva puede ser definida como aquel proceso mediante el cual el sujeto se libera de los aspectos importantes del propio yo «depositándolos» (es decir proyectándolos) en el acompañante, para después re-apropiarse de lo que se había liberado pero en una versión modificada, es decir corregida y evangelizada por el acompañante. Son tres las fases en las que se articula el mecanismo del cambio: la proyección de una persona, la re-elaboración de la otra y la re-apropiación de la primera. Para poder sostener dicha obra educativa, el acompañante deberá funcionar desde el inicio como una pantalla de proyección, acogiendo la realidad a la luz de criterios objetivos (los valores del otro proyecto de vida) y provocar al sujeto a reapropiarse identificándose con su nuevo deber ser.

Lo que se proyecta no son solamente buenas intenciones o grandes aspiraciones que escapan de los ideales regulados por las propias elecciones, sino también heridas, necesidades y dinamismos emotivos, casi siempre residuos del pasado y de una historia personal que reclaman gratificación y que absorben grandes energías. Las ciencias humanas nos confirman que no existe en nuestra personalidad una libertad total hacia la virtud o, por el contrario, solamente patología. La libertad personal para alcanzar objetivos existenciales está siempre limitada por factores más o menos conocidos por el mismo individuo. Saber reconocer y tratar también estos últimos significa tomar en serio, profundamente, la convicción de que la verdad nos hace libres y que para crecer en forma integral tenemos que aprender a manejar bien cada dinamismo de nuestra personalidad. Debemos a la psicología la posibilidad de conocer y usar este mecanismo de cambio. De lo contrario, se corre el riesgo de separar el cuerpo del espíritu o aún más, se implementan intercambios pedagógicos que «evocan la imagen de una conferencia espiritual en la terraza de casa, mientras en los pisos inferiores los "iniquilinos" se confrontan y chocan con "problemas" de muy diversa índole, más pragmática y "mundana", pero sin embargo importantes e indispensables para la vida!»⁷.

7 IMODA, F. *Desarrollo Humano, Psicología y Misterio*, Universidad Católica de Salta, Argentina 2001, 530. El

Por ende, los CCV buscan ayudar a que la persona adquiere un mayor dominio sobre sí misma pasando por la exploración de las áreas menos aceptables, pero no por ello menos fuertes e incisivas en el cuadro psicodinámico de la personalidad. Para tal operación se necesitan tiempos frecuentes de encuentro y de un diálogo sincero, centrado en la confianza y en la responsabilidad. Este tipo de pedagogía deriva de una clara visión antropológica cristiana que, explorando las posibles convergencias - pero no confusiones - entre teología, filosofía y psicología, considera al ser humano como una creatura sublime, obra del Creador de todas las cosas, capaz de grandes sueños y de amar a la manera de Jesús, pero al mismo tiempo frágil y vulnerable, a veces incierto y tentado de cerrarse amando en forma egoísta⁸. Está claro que allí donde la gracia de Dios encuentra una naturaleza humana predispuesta a crecer en el conocimiento y en el dominio de sí podrá actuar más eficazmente y dar más frutos de santidad y de bien.

Patrocinado por el Instituto de Psicología de la Universidad Gregoriana, también funciona desde hace algún decenio en Italia, el Instituto Superior para Formadores, denominado anteriormente «Escuela para Educadores» y conocido más popularmente como «Escuela de verano» (ya que los cursos de formación se concentran en los meses estivos). A partir del aprendizaje de la antropología de la vocación cristiana, en el arco de 4 años, dicho Instituto prepara formadores y formadoras que sepan servirse con sabiduría de la pedagogía de la integración en el acompañamiento personal y en los múltiples roles formativos o servicios apostólicos.

último capítulo de este libro ofrece preciosos elementos sobre el diálogo pedagógico.

8 Cfr. RULLA, L.M., *Antropología de la Vocación Cristiana. Bases Interdisciplinarias*. vol. I, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1990, pp. 214-331.